



mientos tañidos de soledad. La concentración de materia se arroba en parajes incógnitos, donde la tormenta se arremolina en profundos carmesíes o el viento azota el páramo de vegetación desolada dejando su rastro en la inclinación de los árboles. Pintura que consume emociones, sin que el raciocinio deba dar explicaciones.

Para Isabel Guerra el caballo es símbolo de libertad. Un animal que le fascina y por ello los pinta en 'Un paseo hacia la luz' (2023), dándoles la volumetría a la opacidad de sus cuerpos en plena actividad. Una serie en la que la artista modula su corpulencia en la sombra, dando toda la luminosidad a los fondos. La pintura de caballos tiene notables autores como George Stubbs (Liverpool 1724- Londres, 1806) para quien era más que una afición. Otro ejemplo notable es Rosa Bonheur (Burdeos, 1822-Thomery, 1899), quien se especializó en la representación de animales y cuyo 'Retrato de un león' del Museo del Prado conecta con el óleo-pastel de la representación de un lobo, titulado 'Antes de que tu nacieras andaba yo en la tierra' (2023), en el que la artista nos devuelve a los orígenes. Una exposición en la que figura, abstracción y nuevos elementos incorporados a la pintura, hacen que Isabel Guerra atraviese un espacio de luz conectado con la contemporaneidad.

DESIRÉE ORÚS

bián Carmen Fons, o un divertido cartel de Elena Fernández Echevarría. Por lo visto pocas mujeres fueron integrantes de nuestros colectivos plásticos surgidos en los años 70 y 80; pero como novias, colaboradoras o invitadas sí que participaron en colectivas, mesas redondas, 'performances', etc.

Bastantes estaban ya plenamente integradas en el alumnado de la Escuela de Artes, en talleres compartidos, o en todo tipo de lances artísticos. Entre los certámenes de la época no faltaron algunas convocatorias especializadas, como el programa sobre La mujer y la cultura, organizado la semana del 29 de mayo al 2 de junio de 1981 por el Frente Feminista y el Ayuntamiento; o el I Premio de Pintura para Mujeres convocado por Galerías Preciados en 1982.

Incluso algunas artistas empezaron a conquistar los más destacados premios, como el Santa Isabel de Portugal, que en la categoría de pintura ganó Izaskun Arrieta en 1986. Todo ese bulle tejeido social queda muy bien evocado por la comisaria, Desirée Orús, con el apoyo de sus redes de amistad, que han aportado información inédita para las fichas biográficas y para su muy documentado ensayo, ilustrado con vividas fotos personales que hacen constar la progresiva presencia de mujeres en el contexto cultural zaragozano de aquellas décadas.

JESÚS PEDRO LORENTE

PINTURA Y DIBUJO EL VERDADERO ESPÍRITU METAFÍSICO SIGUE VIVO EN IGNACIO FORTÚN EN 'CINCO CAPÍTULO'

Camino hacia lo arcaico en lo cotidiano

PINTURA
Cinco capítulos

Pinturas y dibujos de Ignacio Fortún. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza. Hasta el 29 de junio de 2024.

Hay lugares donde se intuyen significados ocultos. Cualidad metafísica. Virtud que se niega a las escenografías que la cultura ha hecho tópicas, carne de selfie, como el Taj Mahal, que termina devaluado como símbolo del amor. Esa latencia simbólica, negada a los sitios de renombre, se reserva para parajes sin nombre ni aparente interés. Por ejemplo, esas muelas áridas, donde la crisis ha aparcado chalets a medio hacer, ese bosque de ribera urbano, al que edificios y gentes dan la espalda. Con una poética entre neorrealista y mágica, las condiciones para el misterio se dan en el anonimato, y este sentido, Zaragoza y sus alrededores tienen un raro interés en su desinterés. Algo que me recuerda lo que dijo el visionario Manuel Derqui en 'La ciudad': «No tiene carácter, a no ser que se pueda considerar con tal, la completa carencia del mismo». Esa ciudad es, en el fondo, una abstracción, al eliminar de ella lo que hubiera salido antaño en las postales, hoy en Instagram.

En buen número de las pinturas de Ignacio Fortún, esa ciudad, Zaragoza, es la protagonista, y protagonista en su anonimato, que la abstrae de lo anecdótico. En tal escenario, detallado y difuminado al tiempo, las historias que se nos cuentan tampoco serán diáfanas. Las figuras que andan por allí pueden asemejarse a las que justificaban, con dramas mitológicos, las pinturas de Claudio de Lorena. No son paisajes, son fábulas.

En algunos de los trabajos de Fortún, una figura que parece representarle a él mismo, caracterizada por su calva y por una especie de gabardina o guardapolvos, explora urbanizaciones en obras, arboledas, hoces con pasarelas. Un poco como el Dante de Botticelli por la ultratumba. Al modo medieval, el mismo personaje se multiplica, en un mismo paisaje, en varios momentos, en varias localizaciones. Claro que no se aclara de qué va todo.

La exposición con que Fortún ocupa ahora el Paraninfo se titula 'Cinco capítulos'. Podría titularse 'La visita y otros cuatro relatos'. De los cinco capítulos aludidos, el primero, 'La visita', ocupa él solo la mitad del espacio, una de las dos salas simétricas.



Detalle del cuadro 'El arquitecto' (200), acrílico sobre lienzo, puro enigma metafísico. NACHOFORTÚN/UNIZAR



Pintura metafísica: 'Visitante' (2023), acrílico sobre lienzo. N. FORTÚN

La pintura que nos recibe se llama 'Tiempo lento', y representa una paramera adonde han llegado algunos hombres y sus coches. Dos tercios de lo que vemos es cielo. Fernando Sanmartín en un texto cómplice, incluido en el catálogo, habla de «una noción de tiempo donde el enigma se convierte en el cómplice más necesario». Desde luego, los personajes del cuadro tienen todo el tiempo que perder.

La pista dantesca me hace pensar que la 'visita' habla de

un territorio que ha perdido la condición real. Esta pérdida es obvia cuando el territorio en cuestión no es otra cosa que pintura, simulacro.

Ignacio Fortún lleva años enfatizando ese estatus ficticio, fantasmal, de la figuración, utilizando el metal (zinc, aluminio) como soporte. Y sucede así en la mayor parte de lo que se muestra en el Paraninfo. En un políptico a modo de cruz, 'Final y principio', esmalte sobre latón, la luz del metal bru-

ñido sirve tanto para fingir los troncos de los árboles como para delatar a una pareja desnuda, al borde de un río.

En la exposición hay bastante de autobiográfico. Sobre todo, en uno de los cuatro capítulos menores, 'Hay un camino antiguo', al que acompaña un texto del artista. Arranca así: «Hay un camino antiguo en un paisaje de extraña belleza; arcaico, como si lo imagináramos en el principio de todo». Aquí, al final de su excursión, el caminante y su pareja vuelven a desnudarse sobre la hierba. Esa búsqueda de lo arcaico viene a representarse, tal vez por este despojamiento. El que la pintura se sustituya, en el metal, por el desgaste, por una especie de excavación que trae la luz, no deja de parecer una metáfora. El anonimato, al que he aludido, hace a la ciudad arcaica, y en obras aparentemente realistas, como esa donde se ve un bazar chino, el desprecio por el diseño o el buen gusto, tiende también a anular el factor tiempo.

No todo en esta nueva exposición de Fortún son soportes metálicos, se verán también acrílicos sobre lienzo. Los más interesantes entre éstos aparecen en el primer capítulo. Así, el titulado 'El arquitecto'. Los descampados y el estilo me retrotraen aquí a antiguas exposiciones del pintor, como 'Desierto', que se vio en el Torreón Fortea en 1994. En aquel tiempo, la obra de Fortún encajaba bien con la tendencia que se vendió como 'Nueva metafísica', con gentes como Marcelo Fuentes o Teresa Moro. Ese adjetivo metafísico, que pudo ser frívolo en algunos pintores, parece válido y sigue siendo vigente para el zaragozano.

ALEJANDRO RATIA